

posee «grandilocuente bobería» (p. 133) y es «hipócrita de guante blanco» (p. 132). El Gobierno de Calatrava es «la pérdida de la Patria» (p. 744) y en su figura domina el «aparente liberalismo» (p. 786). Los Beltrán de Lis son aparentemente «agentes dobles» (p. 778). A Toreno nos lo pasaremos por alto. Alcalá Galiano fue un fingido liberal totalmente insincero en sus *Memorias* (p. 95), enconó diferencias internas (p. 106) y con astucia estuvo «entregado totalmente a la reacción». En esta plana mayor del liberalismo español falta solamente Flórez Estrada como figura civil importante. Entre los militares, Evaristo San Miguel, por ejemplo, queda resumido como «oficialmente exaltado, pero en realidad anillero», y como el «pastelero por antonomasia». «En 1854 volvió a ejercer otra vez su papel fundamental de reaccionario que, para actuar más eficazmente, finge actitudes de héroe popular» (p. 942) (6).

¿Galiano reaccionario? El símbolo de La Fontana de Oro, el gaditano hablador, de vida privada rota y aficiones antitradicionales en la materia—coautor con el duque de Rivas de versos escabrosos y nada tradicionales—; el facundo arengador de café y de cuarto de banderas, el que votó en 1823 la incapacitación de Fernando VII y se ganó con ello una pena de muerte y la exclusión de toda medida de amnistía, ¿era un reaccionario desde 1821? Extremado nos parece ese punto de vista, tanto como el de otros autores que han supuesto que Galiano falleció por el disgusto que le suponía saber que la Veterana había sableado a los estudiantes en la «noche de San Daniel». Ni una cosa ni otra. ¿Por qué no dejamos a Alcalá Galiano como el símbolo más rotundo del revolucionario que, exiliado a Londres, es amansado por la pax británica, captado por los valores políticos y culturales de la época, y por su capitalismo feliz, y se hace personaje al volver, en la Administración, en la Banca, en las Letras? ¿Por qué no le dejamos en esta imagen que, al fin y al cabo, es la más cercana a la trayectoria vital de un ser humano y que es lo que solía ocurrir a casi todos en el siglo XIX? Todo ello es muy inactual, ciertamente, y ya lo sé, pero estamos refiriéndonos a 1830, a 1850, a 1870. Un argumento po-

(6) A título de curiosidad incluimos dos testimonios en favor de San Miguel, testimonios que podrían figurar entre otros muchos de carácter favorable. En su artículo sobre la revolución española de 1854 en el *New York Daily Tribune* núm. 4.136, del 21 de julio de 1854, Carlos Marx analiza la situación política española y considera al general San Miguel como el «soldado» del partido progresista, lo que equivale a considerarle la figura militar más destacada del mismo (fragmento en el libro de Albert Derozier *Escritores políticos españoles 1780-1854*, Madrid, Turner, 1975, p. 320). El otro testimonio, también contemporáneo, es del cura Martín Merino, ahorcado por intentar dar muerte a Isabel II, en el folleto *La conciencia. Páginas escritas por el regicida Merino y publicadas por su abogado defensor* (Madrid, Imprenta Miguel González, 1854), elogia en la p. 21 a San Miguel como «general virtuoso, desinteresado, sabio, y para decirlo de una vez, el tipo de la honra civil y militar de España», entre otros elogios.

dría señalar Gil Novales en favor de su imagen de un Galiano reaccionario: lo relativamente bien que trata a Regato en sus escritos. Pero no: la imagen de Galiano es la del «grande apóstata» y así se llamó a sí mismo en el Senado para resumir su vida política, sin ocultar que participó en unos principios y luego creyó en los contrarios (7).

Hechas estas observaciones, que creemos formuladas dentro del espíritu con el que el profesor Gil Novales espera recibir comentarios a su trabajo (p. 16) hemos de volver al relato, denso y apasionante, del transcurso de las sociedades animadoras del Trienio. No cabe duda de la fragancia del período, calificativo que aplica con justeza el autor. Fragante y dramático, hasta el punto que recordamos la frase del francés sobre la mayor felicidad de los pueblos sin Historia. Por la naturaleza del estudio objeto de este libro queda muy difuminada en él la catástrofe económica que supuso el Trienio. A un país, arrasado por la guerra contra el francés, heredero de un tradicionalismo poco laborioso, se agregó una orgía de empréstitos y sometimientos al capitalismo extranjero que bastaban para arruinar al país durante varias décadas. Pues todavía empeorara la situación las guerras carlistas durante las cuales la población activa se dedicó a la patrulla y al tiroteo. Ciertamente los países no son sumergibles pues, si alguno lo fuera, los españoles habrían hundido al suyo en la primera mitad del siglo XIX. Y ciertamente es dudoso que exista un período más apasionante en la Historia de España de los treinta años que van de 1808 a 1838.

Sigue el libro que comentamos con el relato de sucesivas convul-

(7) Alcalá Galiano cuenta con bastante bibliografía. Aparte sus extensas e interesantísimas memorias —a las que hemos de reprochar, no obstante, demasiadas reservas al tratar de interioridades de las logias— hay que añadir varias referencias a él en su siglo. Modernamente lo estudia Vicente Lloréns en *Liberales y románticos* (Madrid, Castalia, 2.^a ed. en 1968); García Barrón, *La obra crítica y literaria de don Antonio Alcalá Galiano* (Madrid, Gredos, 1970); Julián Marías, capítulo IV de sus *Meditaciones sobre la sociedad española* (Madrid, Alianza Editorial, 1966), así como la edición de Alianza Editorial, en 1969, de los estudios de Galiano sobre la literatura española en el pasado siglo. Felipe Ximénez de Sandoval ha publicado una biografía, *Antonio Alcalá Galiano. El hombre que no llegó* (Madrid, Espasa-Calpe, 1948), libro sin prejuicios que no ha sido valorado debidamente. Como ejemplo curioso de la condición dominante de liberal convertido al conservatismo en la persona de Alcalá Galiano, tenemos el testimonio de un joven y sagaz periodista de veintidós años, que en abril de 1865 asiste al entierro de nuestro personaje; el revistero era un estudiante que unos días antes había presenciado la «noche de San Daniel» y cómo en aquel gobierno, Alcalá Galiano era el ministro de Fomento, el comentario del periodista es agrío; una de las pocas líneas agrías de Pérez Galdós, quien describe el boato oficial, la presencia de tambores, las descargas de fusilería y la frialdad del pueblo en el entierro: «es decir, lo que merecía». «Alcalá Galiano..., patricio ilustre hace cuarenta años, ha muerto..., su memoria... ha sido enterrada con él entre las sonoras demostraciones oficiales... No conviene turbar el reposo de los que fueron. Aun la apostasía es respetable en la tumba». Notemos cómo el sagaz Galdós define a Galiano como «apóstata», lo que durante el Trienio se llamaba, con gráfico término italianizante *cambiacolore* (W. H. Shoemaker: *Los artículos de Galdós en «La Nación»*, Madrid, Insula).

siones: el asesinato de Landaburu por los realistas, la sublevación de la Guardia Real, la radicalización del sistema después de julio del año 1822 bajo el gobierno de Evaristo San Miguel, la huida de todo elemento moderado camino de su casa o del exilio; la guerra interna entre masonería y comunería, con curiosos episodios como el del secuestro del periodista más panfletario. Todo ello surge con vida extraordinaria en la obra de Gil Novales por la cantidad de datos desconocidos, o apenas puestos en circulación hasta ahora, que aporta. En la descomposición del constitucionalismo las acusaciones de traición son muchas, como en toda descomposición, las violencias crecen y, curiosamente, aparece también un tema reiterado una y otra vez: el «extranjero» tiene la culpa de todo o de casi todo y desde el verano de 1821 aparece insistentemente esa jeremiada (p. 652, 688, 690, 714, etc.)

Llega el momento de la vergonzosa intervención extranjera entre un liberalismo que no supo crear su propio orden y un «absolutismo» que se manchó para siempre. No intervinieron los rusos, como pensó el cura Vinuesa, pero sí franceses que «echaron por delante» a unos absolutistas incapaces de hacerse con el país cuando éste estaba desintegrado. Las baladronadas de los diputados del extremismo—proferidas en las Cortes o en los periódicos contra los poderes de la Santa Alianza—son lamentables y constituyen un capítulo interesante en las *rodomondadas* españolas, sin que podamos aceptar la explicación que de ellas se da en la página 715. El comportamiento bélico de los defensores de la Constitución fue lamentable; se fueron entregando a medida que se presentaba el enemigo. Y un Torrijos—quizá uno de los más obligados al «gesto»—no hizo nada sino capitular; grave fallo de los resortes últimos de los hombres del Trienio. Las ideas constitucionalistas serían las mejores en aquella pugna, mas los hombres que las servían no estuvieron a su altura. Los cínicos móviles de la intervención fueron declarados por el principal artífice de ella (8).

En un nivel de menor responsabilidad moral hemos de señalar la de los liberales españoles de 1823 que permitían en la frontera del Bidasoa la pamema napoleónica del general Fabvier. Que los here-

(8) Chateaubriand en sus *Mémoires d'outre-tombe*, libro 23-1, se refiere a «mi guerra de España», y escribe: «Enjamber d'un pas les Espagnes, réussir sur la même sol où naguère les armées de l'homme fatigé avaient eu des revers...» (Edición de la Pleiade, París, tomo II, p. 104). Gregorio Marañón—que sin duda había leído con cuidado las *Memorias* de Chateaubriand—percibió el interés de esta frase y la puso de manifiesto en el prólogo a la biografía de Alcaíá Galiano de Ximénez de Sandoval. Por mi parte me he permitido también destacarla en mi *Aviraneta y diez más* (p. 164).

deros de las Cortes de Cádiz se dejaran engañar, y seguramente financiaran, el gesto de un aventurero bajo la bandera que había invadido a España en 1808, nos parece que muestra bien claramente el punto al que había llegado el Gobierno de Madrid (9).

De todo el azaroso período el autor apenas salva sino el espíritu popular que se manifestaba a través de las Sociedades, así como a dos de los principales diputados y oradores de éstas: Romero Alpuente—el bronco magistrado aragonés que llegó a su ancianidad sin apostatar de su extremismo—, demagogo permanente, voz cantante de la Comunería, permanente látigo para exasperación de liberales y lúcido ante el problema americano, y José Moreno Guerra, el gaditano que hasta ahora tuvo siempre mala prensa, pero de quien el profesor Gil Novales proclama su cualidad de «siempre justo» (p. 260), «lleno de sentido y clarividencia» (p. 542), pese al descomunal disparate que se señala en la página 277, según el cual la intervención francesa en España sería «el punto de partida de una recuperación de la libertad en España y en Europa». Pese también a sus lucubraciones estratégicas (p. 716). Como el profesor Gil Novales anuncia nuevos libros y trabajos sobre Romero Alpuente y Moreno Guerra—además de la edición de los escritos de Riego y una antología de textos «exaltados»—tendremos ocasión de acercarnos a esas tres figuras para poder verlas más de cerca y poder formar opinión acerca de si han sido excesivamente manipuladas por sus contrincantes.

Falta también que se publiquen los papeles acerca de Regato que vio Baroja y que no desentrañó, y así quizá sepamos si el malvado Regato fue un agente fernandino infiltrado en las logias o un comunero arrepentido. Son muy útiles las acumulaciones documentales que Gil Novales hace sobre los miembros de las Sociedades Patrióticas, esfuerzo del que se obtiene un gran resultado, pues esa lista puede ser la base de un diccionario biográfico de gentes del período. Es mucho lo que este Apéndice—que el autor llama Prosopografía—nos da sobre aquellas gentes, proporcionando relieve y corporeidad a muchos de ellos que hasta ahora no eran sino meros nombres. Creo recordar que el autor escribe en alguna ocasión cómo, desde las

(9) Sobre el coronel Fabvier es muy reciente el trabajo de Ramón Palomar Dalmau (Tánger, Instituto Politécnico Español de Tánger, 1975), que constituye una breve biografía elogiosa con una especial consideración al trato que Baroja da a este aventurero napoleónico en las *Memorias de un hombre de acción*.

En nuestra opinión está muy claro el siguiente fenómeno: en el lado francés, tanto el autor principal de la Intervención, Chateaubriand, como los *liberales* napoleónicos del grupo de Fabvier, cuidaban el *souvenir* bonapartista. En el lado español, en cambio se demuestra que «no había país» porque ni los absolutistas—que manchan en 1823 el recuerdo de 1808—ni los liberales—que consienten en el Bidasoa, si bien en difícil situación, la pamema napoleónica de Fabvier—presentan resortes morales a la altura de las circunstancias.